
MATERIAL PARA LA CELEBRACION

LECTURAS PATRISTICAS OPTATIVAS PARA LA SEMANA VI DE PASCUA

Sermones de San Agustín

Seleccionado por P. FARNÉS

DOMINGO VI DE PASCUA

De los sermones de san Agustín, obispo. (Sermón 261,1-3, PL 38,1202)

"Levantemos el corazón hacia el Señor"

La resurrección del Señor es nuestra esperanza: su ascensión, nuestra glorificación. Nos disponemos a celebrar la Ascensión. Si, pues, celebramos esta solemnidad como es debido, es decir, fiel, devota, santa y piadosamente, ascenderemos con él y con él tendremos nuestro corazón levantado. Ascender no es lo mismo que ensoberbecerse. Debemos tener levantado el corazón, pero hacia el Señor. Tener levantado el corazón, pero no hacia el Señor, se llama soberbia; tener el corazón levantado hacia el Señor, en cambio, se llama refugio; así, en efecto, decimos en el salmo al que ha ascendido: "Señor, tu has sido nuestro refugio". El, en efecto, resucitó para darnos la esperanza de que resucitarían también los que mueren y para que la muerte no nos quitara nunca la esperanza, no fuera caso que llegáramos a pensar que toda nuestra vida se termina con la muerte. A nosotros nos preocupaba el alma, y él, al resucitar, nos dio seguridad incluso respecto al cuerpo.

¿Pero, quién fue el que ascendió? El mismo que antes había descendido. Descendió para sanarte, ascendió para elevarte. Si fueras tú quien te levantas, volverías sin duda a caer; pero si es él quien te levanta, permanecerás en pie. Levantemos, pues, el corazón, pero hacia el Señor: en esto consiste el refugio; si levantáramos, en cambio, el corazón, pero no

hacia el Señor, nos encontraríamos con la soberbia. Pero, ¿cómo podría mos ser soberbios si tenemos el corazón levantado hacia aquel que se hizo humilde por nosotros para que nosotros no continuásemos siendo soberbios?

Cristo es Dios, lo es siempre y nunca dejará de serlo porque su divinidad nunca tuvo comienzo. Si su gracia puede incluso hacer que no tengamos fin aquello que tuvo comienzo, ¿cómo podría tener fin aquel que nunca tuvo comienzo? Nuestra inmortalidad, si que tendrá comienzo pero carecerá de fin. En efecto, nosotros aún no poseemos lo que, cuando comencemos a tener, ya nunca más perderemos.

Yo creo que Cristo es Dios, pero continuo preguntando: ¿De qué manera es Dios? "Buscad continuamente su rostro". Que nadie destallezca en esta búsqueda antes bien avance continuamente en ella. Avanza en la búsqueda si quien busca es la piedad y no la vanidad. ¿De qué modo busca la piedad y de qué modo busca la vanidad? La piedad busca creyendo, la vanidad disputando. En el caso de que quieras entrar en discusión conmigo y quieras preguntarme: ¿A quién adoras? ¿Cómo es el Dios que adoras? Yo te responderé: No provoques contiendas ni litigios exitiendo que te diga cómo es el Dios que adoro. No es un ídolo que permitas indicarlo con el dedo y decir: "He aquí lo que adoro". No es nada a lo que pueda extenderse el dedo, pero sí, en cambio, la mente. Piensa en Pablo, que no lo alcanzó y sin embargo, lo buscaba, lo perseguía, lo añoraba, suspiraba por él y lo deseaba; pon los ojos en él y mira como dirige a Dios no el dedo sino el alma. "No pienso, dice, haberlo ya obtenido, más olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está delante, corro hacia la meta: la palma de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús". Me lanzo, dice, ando, estoy en camino. Sigüeme, pues, si puedes; lleguemos juntos a la patria donde ni tú me harás ya preguntas ni yo a ti. Busquemos, pues, ahora juntos creyendo para que después disfrutemos también juntos contemplando.

LUNES VI DE PASCUA

De los sermones de san Agustín, obispo. (Sermón 261,3-5; PL 38,1202)

"Si deseas ver a Dios, haz lo que él te ordena"

Vuelve, por un momento, los ojos a tu corazón. Arroja de él lo que veas en él que desagrada a Dios. Dios quiere venir a ti. Escucha sino al mismo Cristo Señor que te lo dice: "Yo y el Padre vendremos a él y haremos morada en él". He aquí lo que te promete Dios. Si te prometiera venir a tu casa, la limpiarías ciertamente; pues es Dios quien quiere venir a tu corazón, ¿y tú eres perezoso para limpiarle esta casa? No le agrada

habitar en compañía de la avaricia, que es una mujer inmunda e insaciable, a cuyas órdenes militabas tú y deseabas con todo ver a Dios. ¿Qué hiciste, en efecto, frente a lo que Dios te ordenó? ¿Qué no dejaste de hacer, en cambio, frente a lo que la avaricia te ordenaba? Dios te ordenó vestir al desnudo y tu te pusiste a temblar; la avaricia te mandó que despojases al vestido y tu lo hiciste, hasta perder en ello los estribos. Si hubieses hecho lo que Dios te mandó, no voy a decirte que tendrías esto o aquello; lo que tendrías es al mismo Dios. Pero tú hiciste lo que te ordenó la avaricia, y ¿qué tienes ahora? Sé que me dirás: "Tengo lo que sustraje". Tienes, pues, por haber quitado. Pero ¿tienes en verdad algo tú que te has perdido a ti mismo? Algo tengo, me respondes. Dime, te lo suplico, dónde lo tienes. Me dice: lo tengo, con toda certeza, en mi casa, en mi cartera, en mi arca. No continúes, no me digas más. Dondequiera que lo tengas, en este momento, por lo menos, no lo tienes contigo. Quizá piensas tenerlo en el arca y a lo mejor lo has perdido ya y aún no lo sabes; quizá cuando vuelvas a tu casa ya no encuentres lo que dejaste allí.

Pero lo que yo busco es tu corazón y te pregunto por lo que tienes en él. He aquí que llenaste tu arca e hiciste pedazos tu conciencia. Recuerda a Job, aquel hombre realmente rico y lleno, y aprende tú, también, a estar lleno: "El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor". Y él lo había perdido todo. ¿De dónde, pues, sacaba estas piedras preciosas de alabanza al Señor?

Purifica, pues, en cuanto te sea posible, tu corazón; que ésta sea tu tarea y tu trabajo. Ruégale al Señor, suplícale y humíllate para que él mismo limpie su morada. "En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. La Palabra estaba en el principio junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo y sin ella no se hizo nada. Lo que fue hecho tenía vida en ella y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió". He aquí porque tú no comprendes: La luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió. ¿Qué es la tiniebla sino las obras malas? ¿Qué es la tiniebla sino las malas apetencias, la soberbia, la avaricia, la ambición y la envidia? Todas estas cosas son tiniebla; por eso tú no comprendes.

Pon atención, por si puedes comprender de algún modo que: "La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros". Por Cristo hombre tienes a Cristo Dios. Dios es demasiado para ti, pero por eso se hizo hombre. Así quien distaba mucho de ti, al hacerse hombre, está junto a ti. En cuanto Dios es morada tuya; en cuanto hombre es tu camino. El mismo es, pues, el camino por donde vas y la meta hacia la cual tiendes. El, que es la Palabra, se hizo carne y habitó entre nosotros. Asumió lo que no era sin dejar de ser lo que era. Se manifestaba como hombre y se ocultaba como Dios.

MARTES VI DE PASCUA

De los sermones de san Agustín, obispo. (Sermón 265 E; PLS 2,805)

"Elévate sobre el cielo, Dios mío y llene la tierra tu gloria"

¿A quien se dijo: "has sido exaltado muy por encima de todos los dioses"? A Cristo. Y ¿qué se ha dicho respecto a la Iglesia? *"Y llene la tierra tu gloria"*.

"Elévate sobre el cielo, Dios mío". Nosotros no hemos visto a Cristo. Lo vieron los apóstoles. Ellos sí que estuvieron presentes. Jesús, en efecto, los condujo, al monte de los olivos y, al preguntarle ellos sobre el fin del mundo, él les dijo: "No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en Samaría, en Judea y en todos los confines del mundo. Dicho esto una nube se lo quitó de la vista". Después de estas palabras no quiso añadir más. Quiso que estas palabras fueran las últimas para que así quedaran como gravadas en nuestro corazón; porque estas palabras se refieren a la Iglesia futura que debía extenderse por toda la tierra. Muchos, en efecto, deberían formar sus rebaños, muchos deberían ser los discípulos que, siguiendo a los apóstoles, se reunieran en ella, dando origen incluso a herejías y cismas en no pocos lugares.

La vid, según las palabras de Jesús, debía ocupar el mundo entero; los sarmientos, en cambio, desgajados de la vid, quedarían en el mismo lugar donde cayeron al ser desgajados. La vida crece, se extiende por doquier y ocupa ahora todo el universo. Esto es lo que ha acontecido con la Iglesia.

La Iglesia esposa recibió el don que le había prometido su Esposo. *"Elévate sobre el cielo, Dios mío"* ¿De qué Dios se trata? ¿De quién si no de Cristo hemos dicho que ha sido elevado sobre todos los dioses y que su gloria llene la tierra? ¿Cuál es, oh Cristo, tu gloria? Tu gloria es tu esposa, la Iglesia. Por ello dice el apóstol: "El hombre no debe cubrir su cabeza siendo, como es, la imagen y la gloria de Dios; la mujer, en cambio, es la gloria del hombre". La esposa es, pues, la gloria del marido. Pero, ¿quién es la esposa de Cristo, el rey grande? La Iglesia entera. Y ¿dónde está él? *"Elévate sobre el cielo, Dios mío"*; "Elevado por encima de todos los dioses". Y ella, ¿dónde está? *"Llena la tierra su gloria"*.

¡Grandioso misterio! Hemos sido invitados a la boda y resulta que nosotros mismos somos la boda. En las nupcias humanas una es la esposa, otros los invitados. Aquí, en cambio, nosotros somos, a la vez, los invitados y la esposa, pues somos la Iglesia y estamos invitados en la Iglesia. ¿Y

a qué estamos invitados? Amadísimos: si ya ahora lo vemos, si ya ahora se ha realizado, si ya ahora se ha cumplido que *"llena la tierra su gloria"* ¿qué sera cuando él venga? Custodiemos, pues, lo que ya hemos recibido.

MIERCOLES VI DE PASCUA

De los sermones de san Agustín, obispo. (Sermón 263,2; PLS 2,951)

"Venció el león de la tribu de Judá"

La victoria de nuestro señor Jesucristo llegó a su total plenitud con su resurrección y ascensión al cielo. Entonces se cumplió lo que escuchamos en la lectura del Apocalipsis: *"Venció el león de la tribu de Judá"*.

Cristo es llamado a la vez león y cordero. León por su fortaleza, cordero por su inocencia; león porque no fue vencido, cordero porque fue manso. Y este cordero degollado venció con su muerte al león que buscaba a quien devorar. Porque también al diablo se le llama león, pero se le llama así, no por su valor sino por su ferocidad. Dice a este respecto el apóstol Pedro que nos conviene estar alerta frente a las tentaciones porque "el enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar". Así indica el modo como ronda: lo hace "como león rugiente, buscando a quien devorar". Y, ¿quién no iría a parar a los dientes de este león si no hubiera vencido el león de la tribu de Judá? Tenemos, pues, un león frente a otro león, un cordero frente a un lobo.

Cuando murió Cristo el diablo saltó de gozo. Pero en esta misma muerte el diablo fue vencido, pues se comió el cebo que estaba como escondido en una ratonera. El diablo gozaba al contemplar la muerte de Cristo, como si él fuera el dueño de la muerte; pero lo que creía ser su gozo se le convirtió en su propia trampa. Porque la muerte del Señor fue una trampa para el diablo, el cebo que lo capturó.

He aquí que nuestro Señor Jesucristo resucitó. ¿Dónde quedó, pues, la muerte que había pendido del madero? ¿Dónde los insultos de los judíos? ¿Dónde la altivez y la soberbia de los que ante la cruz agitaban la cabeza y decían: "Si es el Hijo de Dios que baje de la cruz"? He aquí que el Señor hizo mucho más de lo que pedían los que le insultaban, pues es mucho más resucitar del sepulcro que bajar del madero.

Pero ahora, ¡qué gloria la suya! ¡Ha subido al cielo y está a la derecha del Padre! Pero esto nosotros no lo vemos, como tampoco lo vimos colgar del madero, ni fuimos testigos de su resurrección del sepulcro. Todo esto lo creemos y lo vemos, pero sólo con los ojos del corazón. Con todo, conviene recordar que hemos sido alabados precisamente por haber

creído sin haber visto. A Cristo lo vieron ciertamente los judíos, pero de poco les sirvió haber visto a Cristo con los ojos de la carne; lo verdaderamente grande es creer en Cristo con los ojos del corazón. En efecto, si ahora mismo se nos presentase Cristo y se colocara ante nosotros callado, ¿cómo sabríamos quién era? Y así callado, ¿de qué nos aprovecharía su presencia? ¿No es mejor que ausente nos hable en su evangelio antes que presente permanezca callado? Además hay que decir que, si nos adherimos a él con el corazón, no está ausente de nosotros. Cree en él y lo experimentarás. No estará presente tus ojos, pero tu corazón lo poseerá. De lo contrario, si estuviera ausente de nosotros, sería mentira lo que hemos escuchado: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

JUEVES VI DE PASCUA

De los sermones de san Agustín, obispo. (Sermón 265 C 1; SPL 2, 589)

"Levantemos el corazón"

Nos disponemos a celebrar la Ascensión del Señor al cielo con aquella misma carne con la que resucitó. Esta solemnidad anual no reitera ciertamente el acontecimiento histórico, pero renueva su recuerdo. De momento, subimos en su compañía sólo con el corazón, pero estamos seguros de que lo seguiremos también un día con nuestro cuerpo. Por tanto, no se nos dice sin motivo: *"Levantemos el corazón"*; ni sin causa nos exhorta el apóstol al decir: "Ya que habéis resucitado con Cristo buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra". Elevaos, por tanto, de la tierra. Si no es posible que el cuerpo se eleve, sí lo es que el alma eche a volar.

Elevaos por encima de la tierra, ya que en la tierra tendréis que tolerar fatigas, mientras en el cielo gozaréis de descanso. Obrad aquí el bien, para que allí gozáis de vuestras obras que permanecerán eternamente. La tierra no es morada apta para el corazón, ni lugar apropiado para conservar su integridad. Si el corazón se adhiere a la tierra se corrompe.

Todo el mundo coloca en lugar elevado sus objetos más preciosos. Muchos —mejor dicho todos— cuando oyen hablar de algún peligro inminente de guerra, buscan donde esconder sus tesoros, ¿no es verdad? ¿Acaso alguien se comporta de otro modo? Quien posee plata u oro, joyas, collares o vestidos preciosos, busca donde guardarlos para no perder lo que posee. Y juzga que lo más adecuado es colocar en lo alto lo más precioso, poner en el lugar más elevado lo mejor.

Y ¿qué tiene el hombre mejor que su corazón? Con el corazón, en efecto, se poseen los demás bienes. Cuando se te dice, por tanto, *“Levantemos el corazón”* piensa en Cristo sentado a la derecha del Padre, piensa en que ha de venir a juzgar vivos y muertos. Que lo piense la fe, la fe que radica en la mente y tiene sus cimientos en el corazón. Mira quien murió por ti; contéplalo cuando asciende y adhiérete a su muerte. Tienes una prenda de la gran promesa que nos hizo Cristo; su ascensión es, en efecto, una promesa para ti. Por ello debemos tener la esperanza de que resucitaremos y subiremos al reino de Dios y de que allí estaremos para siempre con él.

En el reino de Dios viviremos eternamente victoriosos, nos alegraremos sin tristeza, permaneceremos sin molestia alguna. Allí no se te dirá más: *“Guárdate del mal”*, sino: *“Goza del bien”* ¡Gran cosa es realmente lo que se nos promete! ¿Acaso la tímida y débil mortalidad humana se hubiera atrevido a prometerse algo parecido? ¿Por ventura nuestra podredumbre hubiera soñado algo semejante? Pero quien ha prometido tales bienes es Dios. Y para que creas —dice él— que vas a subir hasta mí, antes yo he descendido a ti; para que creas que vivirás de mí, antes yo muero por ti.

VIERNES VI DE PASCUA

De los sermones de san Agustín, obispo. (Sermón 262 PL 38, 1208)

“Elévate sobre el cielo, Dios mío”

El Señor Jesús, unigénito del Padre y coeterno con el que lo engendró, Dios invisible, inmutable y omnipotente como él, se hizo hombre por nosotros, como sabéis, aceptáis y creéis, tomando la forma humana sin perder la divina, ocultamente poderoso y manifiestamente débil. Nació para que nosotros renaciéramos; murió para que nosotros no muriéramos eternamente. De inmediato, es decir al tercer día, resucitó y nos prometió la resurrección de nuestra carne al final de los tiempos. Se apareció a sus discípulos para que lo viesen con sus ojos y lo tocasen con sus manos, convenciéndoles de que se había hecho hombre en el tiempo sin perder lo que era desde la eternidad. Como habéis oído convivió con ellos cuarenta días, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo, no porque lo necesitase sino porque estaba en su poder hacerlo; y les manifestó la verdad de su carne, su debilidad en la cruz y su inmortalidad después de salir del sepulcro.

Cuarenta días después de su resurrección, el Señor ascendió al cielo. No lo vimos pero debemos creerlo. Quienes lo vieron, lo anunciaron y llenaron con su predicación toda la tierra. Sabéis quienes fueron los que lo vieron y nos lo enseñaron; de ellos se dijo: "No hay idioma ni lengua en que no resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje". Esta voz llegó, también, a nosotros y nos despertó del sueño: ved, en efecto, que el presente día se celebra en toda la tierra.

Recordad el salmo. ¿A quién se dijo: *"Elévate sobre el cielo, Dios mío"*? ¿Acaso podría decirse *"Elévate"* a Dios Padre que nunca se bajó?

Elévate tú, oh Cristo, que estuviste encerrado en el seno de tu madre; tú que fuiste engendrado en aquella que tú creaste; tú que yaciste en un pesebre; tú que, como cualquier niño, te alimentaste en un pecho de carne, tú que sostenías el mundo y eras sostenido por tu madre; tú a quien conoció cuando eras niño el anciano Simeón y alabó tu grandeza; tú a quien la viuda Ana te vió tomando el pecho y reconoció tu omnipotencia; tú que por nosotros tuviste hambre, experimentaste la sed y te fatigaste en el camino (¿acaso puede padecer hambre el pan, sed la fuente y fatigarse el camino?); tú que padeciste todo esto por nosotros; tú que te dormiste en la cruz y sin embargo no duermes ni reposas en cuanto guardián de Israel; tú, finalmente, a quien vendió Judas, a quien compraron los judíos pero no pudieron poseerte; tú que fuiste apresado, atado, azotado, coronado de espinas, colgado del madero, perforado por una lanza; tú, el muerto y el sepultado, *"Elévate sobre el cielo, Dios mío"*.

"Elévate", dijo; *"Elévate sobre el cielo"* porque eres Dios. Pon tu trono en el cielo, tú que colgaste del madero. Eres esperado como juez, tú a quien esperaron para juzgarte. *"Elévate"*, pues, *"sobre el cielo"* ya se ha realizado, ya se ha cumplido. Lo que queremos significar ahora con estas palabras es esto: como se predijo que iba a suceder, se ha realizado ya: *"Elévate sobre el cielo, Dios mío"* aunque no lo vimos, lo creemos.

Ante nuestros ojos, en cambio, está lo que sigue: *"Llena la tierra tu gloria"*. Quien no crea lo primero no sabrá contemplar tampoco lo segundo. ¿Qué significa, en efecto, *"Llena la tierra tu gloria"*, sino que la Iglesia está presente en toda la tierra? Sí, en toda la tierra está tu noble mujer, tu esposa, tu amada, tu paloma. Ella es tu gloria. Porque si la mujer es la gloria del varón, la Iglesia es la gloria de Cristo.

SABADO VI DE PASCUA

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón 265 A y B; PLS 2, 528; 805)

"La muerte fue absorbida por la victoria"

Brilla ya el día santo y solemne de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo. "Sea él nuestra alegría y nuestro gozo". Al descender Cristo se abrió el limbo; al ascender, se iluminaron los cielos. Cristo está en el madero: que lo insulten los furiosos; Cristo está en el sepulcro, mientras los guardias; Cristo está en el limbo, reciban su visita los que en él descansan; Cristo está en el cielo, crean todos los pueblos.

Si la Vida no hubiese muerto, no se hubiera dado muerte a la muerte. Cristo es la misma vida, como de él lo dice el evangelista Juan: "Este es el Dios verdadero y la vida eterna". También Cristo lo afirma por medio del profeta, cuando amenaza a la muerte con la muerte: "¡Oh muerte, yo seré tu muerte! ¡País de los muertos, yo seré tu aguijón!" Como si dijera: Yo, muriendo, te daré muerte; yo te privaré de todo poder y daré la libertad a quienes tu tienes cautivos. Quisiste apoderarte de mí, que era inocente; justo es, pues, que ahora te arrebatén aquellos a quienes tú querías retener bajo tu dominio.

Así, pues, la Vida murió y quedó viva; resucitó la Vida y, con su muerte, nos aportó la vida. Por tanto, *"la muerte fue absorbida por la victoria"* de Cristo que es la Vida eterna. Así lo dice el apóstol: Devoró a la muerte para que seamos herederos de la vida. Por Cristo, por tanto, nos hemos convertido en herederos de la vida eterna, pues por él, de quien somos miembros sin duda alguna, hemos sido liberados de la muerte eterna.

De la cruz había colgado la cartera con el precio pagado por nosotros. Cristo nos ha dado su sangre, nos ha dado su resurrección, nos ha dado el Espíritu Santo enviado por él. Yo, nos dice, prometí la destrucción de los templos de los demonios. Todo ello es ya una realidad, la promesa está cumplida. Prometí que la Iglesia sería probada por las herejías, pero que no perecería; prometí que la vida sufriría la poda de ciertos sarmientos inútiles pero que ella no sería destruida. También esto lo cumplí, esto es ya una realidad. Prometí que los mártires derramarían la sangre y recibirían la corona. Cumplido está. De una sola cosa os soy aún deudor: del día del juicio ¿Por qué tenéis prisa? También cumpliré esta promesa. ¡Ojalá os encuentre preparados cuando llegue!

A los cuarenta días el Señor Jesús subió al cielo en presencia de sus discípulos, llenos de admiración; mientras ellos lo contemplaban y hablaban entre sí, repentinamente una nube lo arrebató y fue llevado al cielo.

FORMULARIOS PARA LA BENDICION DEL AGUA FUERA DE LA CELEBRACION DE LA MISA DOMINICAL

- *El agua bendita es uno de los sacramentales más expresivos y más usados en la liturgia, necesario incluso para no pocas celebraciones. Para bendecir esta agua, antes de la reforma litúrgica había un formulario que figuraba tanto en el Misal (para antes de la aspersión del agua en los domingos) como en el Ritual (para las demás ocasiones). El misal de Pablo VI renovó la bendición del agua para antes de la aspersión dominical, haciéndola mucho más expresiva y apropiada para esta ocasión; pero este formulario difícilmente se adapta a una bendición fuera del contexto de la misa dominical. Por ello el recientemente promulgado Ritual "De Bendiciones" presenta unos formularios para usar fuera del contexto de la misa dominical.*
- *Como sea que el agua bendita se usa con frecuencia nos ha parecido que sería útil tener los formularios de esta bendición lo antes posible; por ello hemos solicitado y el Secretariado Nacional de Liturgia nos ha permitido reproducir el proyecto de versión de esta plegaria, advirtiéndolo que se trata de una versión provisional que eventualmente podría ser modificada cuando se publique la edición típica de este Ritual.*

LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS

1091. Uno de los presentes, o el mismo celebrante, hace una breve lectura de la sagrada Escritura. (Por ejemplo: Jn 7,37-39. El que tenga sed, que venga a mí).

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo evangelio según san Juan.

El último día, el más solemne de las fiestas, Jesús, en pie, gritaba: "El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva." Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él.

1092. O bien:

Is 12,1-6. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación.

Y dirás aquel día...

Is 55,1-11. Sedientos todos, acudid por agua.

Así dice el Señor Dios: "Oíd, sedientos todos..."

Si 15,1-6. Al que teme al Señor le dará a beber agua de prudencia.

El que teme al Señor...

1 Jn 5,1-6. Vino con agua y con sangre

Queridos hermanos: Todo el que cree...

Ap 7,13-17. El Cordero los conducirá hacia fuentes de aguas vivas

Uno de los ancianos me dijo a mí, Juan, en la visión: "Esos que están vestidos..." "

Ap 22,1-5. El río de agua viva, que sale del trono de Dios y del Cordero

El ángel del Señor me mostró a mí, Juan, en la visión, el río...

Jn 13,3-15. Vosotros estáis limpios

Jesús, sabiendo que el Padre ...

ORACION DE BENDICION

1093. *El celebrante dice:*

Oremos.

Después de un breve rato de silencio, el celebrante, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

**Bendito seas, Señor, Dios todopoderoso,
que te has dignado bendecirnos
y transformarnos interiormente en Cristo,**

agua viva de nuestra salvación;
haz, te pedimos,
que los que nos protegemos
con la aspersión o el uso de esta agua
sentimos, por la fuerza del Espíritu Santo,
renovada la juventud de nuestra alma
y andemos siempre en una vida nueva.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1094. O bien:

Señor, Padre santo,
dirige tu mirada sobre nosotros,
que, redimidos por tu Hijo,
hemos nacido de nuevo del agua y del Espíritu Santo
en la fuente bautismal;
concédenos, te pedimos,
que todos los que reciban la aspersión de esta agua
queden renovados en el cuerpo y en el alma
y vivan entregados plenamente a tu servicio.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1095. O bien el celebrante dice:

Oh Dios, creador de todas las cosas, que por el agua y el Espíritu diste
forma y figura al hombre y al universo.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

Oh Cristo, que de tu costado abierto en la cruz
hiciste manar los sacramentos de salvación.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.

Espíritu Santo, que del seno bautismal de la Iglesia,
en el baño del nuevo nacimiento,
nos conviertes en nuevas criaturas.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia.